

Sandra KUNTZ FICKER (coord.), *Historia económica general de México. De la colonia a nuestros días*, México, El Colegio de México-Secretaría de Economía, 2010, 834 pp.

La *Historia económica general de México. De la Colonia a nuestros días*, es una obra colectiva coordinada por Sandra Kuntz Ficker. Se divide en cuatro partes, que a su vez están compuestas de varios capítulos que integran la colaboración de 19 autores. La obra está perfectamente hilada con una atinada introducción y conclusiones generales realizadas por la coordinadora, además de otras cuatro introducciones particulares para cada parte, escritas por destacados especialistas en Historia Económica como son Bernd Hausberger, Carlos Marichal, Enrique Cárdenas y la misma Sandra Kuntz. El propósito del libro es entregar una visión histórica integral de la evolución de la economía mexicana, desde la conquista hasta la actualidad. Un ambicioso propósito, pero que en definitiva evidencia la madurez alcanzada en México en el campo de la historia económica; una concreción de este alcance ha demostrado que no solo era posible sino necesaria, dada la prolífica investigación realizada y que se ha venido haciendo desde hace más de medio siglo en el país. La recopilación de fuentes, cuantificación, preguntas necesarias y la narración hicieron que esta obra sea una buena síntesis, apropiada para estudiantes y profesores universitarios, no necesariamente especialistas en historia económica, sino también adecuada para todos los estudiosos de las ciencias sociales.

No obstante la reconocida utilidad de las obras generales, también se sabe que pueden resultar muy debatidas, especialmente porque pareciera que en ellas se intenta fijar el conocimiento como si se generara una reducción de la investigación y de la interpretación de la que ha surgido. Las aspiraciones de lograr escribir una historia general datan del siglo XIX en América y nacieron, como sabemos, del afán de lograr un resumen que se traduzca en una historia oficial vinculada con el nacionalismo emergente. Obviamente, no es la propuesta de esta obra, pero en su título deja traslucir quizá una de las preocupaciones más latentes de los gobiernos actuales mexicanos, que bien se resume en la pregunta que Enrique Cárdenas manifiesta hacia el final de la misma obra, el por qué no crecemos. Interrogante que se intenta responder –se podría decir– bajo los alcances de la historia del tiempo presente, que no teme a la subjetividad y que argumenta con fuentes de primera mano.

En esa línea retomo el enfoque del libro, que no nace de las concepciones ideológicas tradicionales que pretendían entender el funcionamiento económico de las na-

ciones, bajo la definición de un sistema capitalista o marxista. Por el contrario, la obra que se presenta surge de un enfoque que me atrevería a llamar pragmático como es el neoinstitucionalismo. Kuntz dice que lo emplea como herramienta de análisis, útil para su objeto de estudio, particularmente porque considera que es apropiado para aquellas economías que no han seguido el mismo patrón de desarrollo que los países líderes. La autora sigue de cerca el planteamiento de Douglass North y acepta, como él, que las instituciones son las que definen las «reglas del juego», que regulan y moldean el comportamiento de los actores económicos. En este sentido, se puede pensar que es un análisis pragmático, porque no intenta teorizar el sistema económico mexicano, ni explica desde el estructuralismo conceptos o esferas de una realidad que serían inasibles para los actores sociales. Del mismo modo, es un análisis del desempeño económico de México desde el siglo XVI al XX, con el afán de observar su crecimiento, pero bajo la relación de las fuerzas del poder político, donde se prioriza conocer el beneficio de las exitosas coaliciones, quizá con bases muy hegelianas de interpretación (sobra decir, que el neoinstitucionalismo no es propositivo en el sentido que no teoriza más allá de las debilidades humanas). En esa línea, el libro no atiende a los problemas del desarrollo y —como dice Kuntz— solo cuando es oportuno se abordan cuestiones relativas a las relaciones de trabajo, los salarios, la desigualdad y la pobreza.

En la introducción general de la obra, se identifican tres instituciones coloniales que han tenido un impacto profundo en el desenvolvimiento económico secular como fueron el «pueblo» (más bien los pueblos de indios), la hacienda y el trabajo forzado. En ese sentido, los autores que abordan la primera y segunda parte del libro, es decir, desde la conquista hasta mediados del siglo XIX, hacen énfasis en estas «instituciones»; sin embargo, la maestría y la conciliación de opiniones no queda consagrada, porque la realidad del sector minero y agrario entran en la contradicción de un crecimiento y en el peor de los casos en los vaivenes de una recuperación. Por otro lado, existe una tensión en los temas coloniales, que se deriva del debate entre Assadourian y Romano, sobre la existencia de un mercado interno en el espacio hispanoamericano; sabemos que el enfoque del primero es atender al sector minero como dinamizador en la articulación de circuitos mercantiles internos. Para el segundo, el virreinato novohispano en particular era tan solo el proveedor más importante de metales para la metrópoli. La discusión atiende a planteamientos propios del dependentismo y del desarrollismo surgido hacia los años sesenta y que Assadourian complejizó al señalar que los europeos no necesariamente trasplantaron su estructura económica al espacio dominado —hábese de feudalismo o capitalismo—, sino que le impusieron una economía de circulación y una estructura social derivada de las relaciones de producción, pero ajustadas a las propias condiciones históricas hispanoamericanas, es decir, no era una simple extrapolación del modelo europeo. Por otro lado, el dependentismo manifiesto de Romano no aceptaba la posibilidad de un crecimiento económico asociado con la evolución de un mercado interno impactado por la circulación monetaria. El problema, quizá, es que Romano se quedó con la mirada fija en los propósitos de los españoles y no en los resultados reales que se dieron en la dinámica interna del espacio americano, tal como observó Assadourian. Es indudable que en ambos caminos van sintetizadas las investigaciones coloniales expuestas en esta obra colectiva.

En la tercera parte del libro, que se refiere al periodo 1850-1929, Kuntz retoma las consideraciones de sus anteriores colegas y opta por diferenciar el periodo que le toca sintetizar, identificándolo como aquel donde se habría alcanzado realmente un crecimiento económico «moderno», al que define como el momento en que se logran por primera vez transformaciones capaces de sostenerse en el tiempo y que serían virtualmente irreversibles. En este punto podría haber una contradicción ya que el cálculo de la riqueza nacional en cualquier periodo solo atiende a eso, a medir el producto interno bruto y estimar la acumulación de capital dentro del país. Es decir, no importaría quién aprovecha el capital mientras sean mexicanos que viven dentro de México, allí radica la discusión de la grave desigualdad social que atiende Alan Knight en su capítulo, de lo contrario sí estaríamos hablando de desarrollo.

Sabemos que el crecimiento no anula la pobreza y es coherente que quienes estudian el crecimiento a secas están pensando en la acumulación de capital de los grupos poderosos, es decir, sería coherente la orientación neoinstitucional de la obra. Alan Knight, insiste en la pervivencia de la marcada desigualdad social y étnica observada por Humboldt en los años de 1800, la que, a su juicio, todavía era vigente un siglo después. Por ello, el autor opta por indicar que el Porfiriato «no fue un periodo de inercia económica», sino que, por el contrario, habría acelerado la comercialización, la proletarización y la concentración de la propiedad, a tal grado que generó un cambio coyuntural importante que en el fondo causó la revolución (p. 478). Su planteamiento refrenda que el hablar de crecimiento económico no significa necesariamente haber terminado con la pobreza de un país, porque tal como lo remarcaba hace años Pierre Vilar ningún crecimiento es armónico, proporcionado e indefinido.

En el balance que Sandra Kuntz hace sobre el periodo, observa en «términos generales» una tendencia ascendente en la producción, aunque más claramente entre 1892 y 1907, seguida por un declive que a veces se percibe en 1910 y a veces hasta 1918, afectando a la mayor parte de los productos de la década de 1920. Pero advierte que casi el 50% de la producción agropecuaria nacional se destinaba al comercio exterior, y que incluso los artículos de consumo básico como el maíz y el frijol crecieron menos que los artículos de la agricultura comercial, entre ellos el trigo, la caña de azúcar y el café. Del mismo modo, el capítulo de Cecilia Zuleta y Daniela Marino se inclina por aceptar este crecimiento agrícola, aunque las autoras no le atribuyen las características necesarias para lograr un despegue económico del tipo de una revolución agrícola capitalista: «esta fue más un anhelo optimista que una realidad económica» (p. 470). En este sentido, Kuntz también observa que no todos los años del Porfiriato tuvieron un comportamiento próspero, hubo años particularmente malos, entre ellos, menciona los años críticos de 1884, 1885, 1891-1893, 1907, 1914-1916.

En la cuarta parte del libro, que se refiere al periodo 1929-2009, Enrique Cárdenas identifica tres etapas, la primera comprendida desde la crisis de 1929 hasta la década de 1970, la que caracteriza de crecimiento sostenido, es decir, esta sería la segunda fase importante de crecimiento para México y que se basó en el modelo de sustitución de importaciones; una segunda etapa de crisis y agotamiento del sistema político que generó oscilaciones entre la privatización y la nacionalización, como sucedió con la banca, pero en definitiva con una orientación de la economía hacia el liberalismo; fi-

nalmente una tercera etapa que arranca a fines de 1980 y llega hasta el presente, con la incorporación de México en la globalización y cuyo saldo ha sido un lento crecimiento económico, que hoy constituye una brecha amplia que separa con creces a México con respecto al primer mundo. En definitiva, ni la plata ni el petróleo permitieron al país un crecimiento sostenido, ese que sueñan los poderosos, quizá porque el crecimiento sostenido solo existe en las gráficas de W. Rostow, el mismo que a juicio de Pierre Vilar había condenado a crecer a la sociedad capitalista industrial.

Para terminar solo resta señalar que el libro es una excelente iniciativa que permite al lector, por un lado, actualizar ciertos conocimientos de la historia económica y, por otro, acceder con presteza a una síntesis de la realidad material mexicana de más de cuatrocientos años, donde hasta el siglo xx y el presente están estudiados. Aunque, como se dijo al inicio, las síntesis «generales» soslayan los grandes detalles del conocimiento científico, en ese sentido se extraña en el libro una mayor mención de autores, de mayores ejemplos de casos de investigación, se presenta una bibliografía parcial y faltó incluir mayores estudios locales y regionales, lo que dificulta la comprensión del sistema total del espacio económico mexicano. Con todo, el libro es valioso y merece una felicitación por el esfuerzo realizado.

ENRIQUETA QUIROZ